

ERNESTO BOERO LILLO

MI ROMANCE DEL VIEJO
CONCEPCION

EN LARGAS brazadas nadó contra la corriente del tiempo, años arriba de este río inatajable que nos curva la espalda. Voy al encuentro de mi pueblo natal, del mío, que no es éste por el que hoy deambulo. No. No es éste. El destino, humano y divino, me lo ha cambiado, trastrocado, removido por entero. En busca de mi pueblo perdido, quédome, pues, en un remanso del recuerdo, y dentro de mí, removiéndolo y viviéndolo surge mi pueblo, el que se fue para siempre, llevándose mis soldaditos de plomo, mi velero azul y mi trencito cargado con mercaderías de ficción.

*
* *
*

¡Ah! aquellos años, cuando, en mañanas de invierno, lluviosas o nubosas, mis tímidos pasos de aprendiz de escolar me llevaban al colegio. Subía las dos gradas, que las recuerdo de mármol. Entraba por un pasillo o vestíbulo, a cuya derecha había una pequeña y austera sala, a la que mi imaginación de niño dábase una rígida majestad proveniente de ser ella el sitio habitual del Rector. Era éste el presbítero Salaberry, alto, blanco pálido, de bella cabeza apolínea. Su negra y cuidada sotana, su andar con altivez de hombre de mundo, dábanle cierta elegancia que a mí, sin saber yo definirla, me imponía.

Al término de aquel corto vestíbulo, al pasar al patio y corredor que conducía a las salas del segundo piso, era menester atravesar de soslayo la Capilla del Colegio. Una devota inclinación de rodillas y el santiguarse, obligatorios en aquel recinto, eran de todos los días.

El patio me parecía inmenso. Cerrábalo un corredor en ángulo y, por todo un costado, un muro altísimo, mole de ladrillos rojos, deli-

cia mía para hacer rebotar en él la infaltable pelota de goma, golpeada a veces en fiera competencia. Aquel muro era de la Catedral, su cierro posterior, de su ábside rectangular.

Pasan por mi memoria rachas de niebla. Se espesan, se aclaran mas no del todo, y no me dejan ver mi pasado con nitidez. Sólo algunos hechos y cosas los veo en sus precisos contornos, y los palpo, los oigo, los siento y los vivo: el muro aquel y mis brazos distendiéndose en locas parábolas al lanzar la pelota sobre la superficie vertical de ladrillos desnudos; y la campana, mi campanita, anunciadora del límite entre la bulla del recreo y el silencio de la clase, campanita mía porque me regalaba el placer cuando el padre Vásquez —¡cómo lo recuerdo!—, en bonachona condescendencia pasábame el cordón para agitar el badajo con todas mis pequeñas fuerzas ¡Alegría de niño! Los hombres no saben —porque olvidamos lo que fuimos— la intensa y gloriosa satisfacción que el niño siente cuando ejecuta una acción de *servir*, de aquellas que los grandes egoístamente se han reservado sólo para sí...

La bruma del tiempo ido no se me despeja. Véome, en nebulosa lejanía, formando fila con los demás, repitiendo en coro, lentamente, el Pater Noster y el Ave María, en la propia lengua litúrgica. Algunos nombres vienen a mi encuentro: Alamos, Menchaca, Egaña, González, Serrano... ¡ay! cómo quisiera recordarlos a todos. Aún conservo las tarjetitas de "Buena Lección", impresas en caracteres dorados o azules con que el profesor de castellano estimulaba los esfuerzos de sus pequeños alumnos. Y aquellas rumbosas batallas intelectuales, precedidas de algarabías, entre *romanos* y *cartagineses*, para terminar en solemne ceremonia bajo el artesonado de la Capilla en fiesta. ¡Roma! ¡Cartago! ¿Y por qué...? Pretenciosa y extraña resurrección de las luchas de remotos tiempos, mas no en conquistas de pueblos ni tras la gloria de poner el pie sobre el pecho del vencido que espera, tembloroso, la vida o la muerte como dádiva infamante. ¡Era sólo por el honor de un superior intelecto colectivo! No faltaban, para mayor similitud, las enseñas de cada bando, pendones de seda roja una y verde la otra, con flecos de oro, llevados en alto por el *legionario* más esbelto y arrogante. No sé por qué preferencia yo fui soldado de la legión cartaginesa, y estudiaba con ahinco para contribuir a los laureles que irían a coronar el estandarte, símbolo de mi bando.

Y las veces que sufrí castigos, por una mentirijilla o por un cosacho dado en plena clase al que me molestaba, o por qué sé yo... De pie; de rodillas; con los brazos en cruz, o recibiendo en mis manos, torpes por inocentes, unos palmetazos que herían mi orgullo hasta el

fondo del alma. Alguna vez regresé a casa, rojo de sangre en ebullición, mordiendo en silencio mi desventura, hasta sollozar más tarde entre las piadosas sabanitas de mi cama.



¿Y hoy? Me he detenido frente a la casa de ése que fue mi primer colegio. Está casi igual. Mas, sí, paréceme abandonada. Los balcones del segundo piso, tienen sus vidrios quebrados. La puerta está cerrada, herméticamente. Quiero entrar; llamo; nadie responde. Las ventanas son oquedades que me dicen, en su mudo lenguaje, que mi colegio murió, el mío, el de mi infancia. Luego, quizás, vendrá su demolición; hombres rudos, armados de palas y barras, se llevarán uno de los últimos recuerdos de mis años niños que aún quedan prendidos en este Concepción de hoy, trafagoso y mutable.

Se fue mi Catedral, severa de años, adusta e imponente de porte; se fue con sus altas torres que las vi nacer y con los basamentos de sus muros externos que eran un juguete para mis piernas al trepar por ellos como en difícil equilibrio. Se fue mi plazoleta de las Monjas Trinitarias, rincón de sosiego colonial que me sugería una mística historia y una dulce leyenda heroica oída de los labios de mi madre. Se fue mi Intendencia, de columnas dóricas adosadas a la fachada y de elegantes faroles siempre encendidos, palacio público de clásicas líneas del siglo XIX. Tampoco está aquella iglesia, tantas veces visitada con mi áurea y celeste abuela paterna, templo de filigrana gótica, plegaria en muro y torre, llamando a los hombres a la fe por la euritmia de sus líneas arquitectónicas, tal como las abadías y templos de los monjes y pontífices medioevales.

¡Los pregoneros de mi pueblo! El cuerno, con extraños sonos de rebuzno, del vendedor de helados, para mí era una melodía dulce y fresca, orquesta de alegría, sinfonía estival, que me hacía correr locamente en busca de las monedas que me servirían para hartarme de esa delicia de las delicias. En las tardes y noches invernales, el pregón de "castañas calentitas", o el de "tortillas güenas", o el de "camarones cocíos". Estos pregoneros rústicos hacían la ciudad de mi infancia, que hoy los busco y no los encuentro. ¡Se fueron con mis años!

Los atardeceres dábanme una melancolía extraña e indefinible. Era un sutil manto de tristeza el que me envolvía cuando los rincones de la casa comenzaban a revestirse de penumbras y a poblarse

de fantasmas. Salía entonces a la calle en busca de la claridad de sol que no quería que me faltara. Las lámparas de gas de la casa, arañas colgantes de retorcidos brazos de bronce, ornados con cabezas de animales mitológicos y hojas de acanto, eran encendidas, dando a los muebles y caras una palidez romántica, o bien, tiñéndolos de un rojo oscuro, de llama sin pulir, cuando el mechero era encendido a la burda, sin la *camisa*, blanco capuchón de frágil consistencia.

La vida de antaño, sin nafta, sin claxon, sin Edison, y sin Marx ni Sartre, tenía el encanto nostálgico de la crujidora carreta colmada con los tiernos frutos de la tierra, dando tumbos por las calles malamente empedradas; de las noches blancas, en un reinado total de la luna, cuya bendición no era importunada por los faroles que permanecían apagados, con sus cuatro fases de vidrio opacas y muertas.

La ciudad bañada de luna. En luz y sombra de luna. Las calles tomaban un sabor de leche fresca, un rozar de terciopelo, hasta la brisa parecía que portara en su grupa geniecillos juguetones venidos desde las estrellas. Hoy no hay noches blancas en mi pueblo. Son todas iguales. Con luna o sin luna, con estrellas o sin estrellas, con cielo de plomo o de añil, son todas iguales, en color, en sabor y en alma. ¿En alma? Mas, si la ha perdido, o tremendamente deformada. No está en la luna ni en las estrellas, ni en la tempestad. Está ahora en el multicolor de las luminarias, en los ramilletes de extrañas flores fluorescentes, en los alaridos de los claxons, en el trepidar de los motores, en el deambular de las multitudes, heterogéneas, abigarradas, cargando cada cual con el fardo de bien y de mal que la vida le ha dado.

Se fue mi Concepción, el que se bañaba en agua de luna. Las estrellas hoy no juegan con los niños ¡tiemblan por los hombres!



Se fueron también aquellos magos de mi infancia, que en cada atardecer pasaban por mi calle, veloces, chapoteando sus pies desnudos en las pozas de agua de lluvia, portando una larga vara terminada en lo alto en una llamita juguetona. Estos mocetones, cual atletas griegos alzando la antorcha de la fuerza juvenil, salían, en desenfrenado tropel desde la calle Prat, desparramándose por la ciudad, en paso rítmico, y con su lanza iban encendiendo los mecheros de los faroles, centinelas amigos de los noctámbulos, blanco de pedradas de maleantes y pendencieros.

Estos "faroleros", estos dadores de luz, eran otra curiosidad de mi infancia. Ellos también eran mi Concepción. Desde mi casa los veía a la distancia cómo se acercaban, en movimiento de luciérnagas. Los faroles de cuatro fases, al conjuro de estos demiurgos, encendíanse a su paso, rompiendo la oquedad nocturna. Pasaban por mi lado a zancadas, silbando algunos, en silencio otros, jadeando los más, en posesión de su oficio de lampareros de la ciudad, de oficiantes de un rito ciudadano. A estos mocetones, de pies desnudos, de calzones raídos, de cabellera revuelta, mi imaginación los revestía de una insólita aureola heroica y extraterrena.

Los niños de hoy —mis amigos, mis compañeros, en estos instantes en que recuerdo mi niñez— no saben de esos diablillos portadores y propagadores de fuego y luz que yo conocí; como tampoco saben de la ciudad sin luz de artificio, iluminada sólo por los blancos rayos de la luna.

Del Concepción de mis años niños, apenas, pues, quedan vestigios. Casi nada.

Siéntome extraño, dolorosamente extraño por estas calles de hoy. Y deambulo solo, sin amigos, buscando lo que no he de encontrar. Y como a un caminante extraviado de ruta, a mi encuentro —sí, él a mí— sale mi río, el mismo de siempre, el de ayer y de hoy, de ancho regazo, taciturno, imponente en su majestad de estirpe milenaria y en su marcha imperturbable hacia el infinito del mar. Por el cielo pasan unos pájaros de alas blancas, y parece que me gritaran, a mí, a nadie más que a mí... ¡Qué extraño! si son las mismas aves de mi infancia. ¡Son ellas!...

Mi ciudad natal, mi pueblo que añoro, hoy no es más que eso: un río, unas aves, y el viento, que me da de latigazos para despertar al hombre dormido en ensoñaciones que hay en mí.



¡Oh caducidad de las cosas humanas! La vida es un punto, un punto que a cada instante se nos va. Esta mi voz, éste mi grito, es sólo un segundo, menos que un segundo, y quédame sólo el eco, que ya no es presente, el eco que también se va, el recuerdo que también se esfuma, diluyéndose, tanto, que quisiera oír mi voz de ayer y no la oigo, que quisiera ver lo que fui y no me veo, y ciego y sordo de todo lo que más he amado ando por los caminos del mundo, a tientas, sin ojos y sin oídos, como un lisiado.

Mi vida es este reloj de arena que aquí tengo entre mis manos. Veo cómo va cayendo la arenilla desde el cristal superior, en un ritmo igual, monótono, inmutable, por la estrecha cintura de unión entre las dos redomas. Este punto, esta abertura de unión que es sólo un punto, este grano infinitesimal que por aquella abertura veo pasar con una fugacidad que mi vista no logra retener ni seguir, es el presente, es mi vida en su realidad del presente, la única realidad del hombre, realidad que no es más que un rayo, un lampo, un resplandor, un grano de arena que pasa veloz.

La redoma inferior contiene mi pasado, mi vida vivida, y a pesar de tenerla aquí entre mis manos, sólo veo de ella los granillos que están en la superficie del montículo. Y aún éstos van siendo desplazados por otros, por los más recientes, por los más cercanos al ahora y al hoy, que caen y caen, pasan y pasan, en su ritmo igual e inmutable. Quisiera escarbar este montoncito de arena, Mas ¿cómo hacer que mis dedos penetren a través del cristal que lo retiene? ¿Si lo rompiera? ¿Si quiebrara esas frágiles paredes transparentes? ¡Inútil sería tal intento! Con los trozos de cristal rompería mi propia vida. Y más allá de la muerte no sabemos si tendremos ojos y oídos, si tendremos razón y luz.

¿Y este receptáculo de arriba que veo vaciarse? ¿Es mi futuro? ¿Cómo edificar en tan poca arena que queda? ¿Qué columnas podré aquí levantar?... Nada. Lo doy; lo entrego. Es poco, por cierto. No importa: me daré el placer de dar, de dar los últimos granos de arena de este reloj que es mi vida. Es mi última voluptuosidad: dar mi vida y mi muerte.

¿Y después?... ¡Nada!... Después de mí, nada. Soy un punto final, ¿qué más da? ¡Así lo quisieron los dioses!

La especie humana, en su sucesión de generaciones, no es más que incontables millares de finas cintas de agua que se escurren por la superficie de la tierra. Las generaciones de seres no son, pues, más que hilillos humanos, gotas que van sucediéndose, reemplazándose, generándose unas a otras, a través del tiempo, de los siglos y siglos. Todas son así. Casi todas. Hay otras que tienen su término. Se evaporan al sol, o se adentran en las vísceras de la tierra. Yo soy una de éstas. Detrás de mí, nadie quedará; detrás de mí, nada quedará. Cuando caiga el último grano del reloj de arena de mi vida, será una generación que se esfuma al calor del sol, o que desaparece en las entrañas de la tierra.

¡Quizás haya más piedad en el sol y en la tierra que en el corazón de los hombres!